

PAUTAS SOCIO-ESTRUCTURALES DE LA
CARNAVALIZACIÓN LITERARIA A PROPÓSITO DE

“MARÍA MAGDALENA” DE JOSÉ MARÍA
VARGAS VILA Y “LA MUERTE Y LA MUERTE
DE QUINCAS BERRO DAGUA”
DE JORGE AMADO

Por

Carlos Patiño Millán

Profesor asociado

Escuela de Comunicación Social

Universidad del Valle

capami@gmail.com

Resumen:

La lógica carnavalesca -estudiada por Mijail Bajtin- se caracteriza por la conjunción de contrarios, por la búsqueda de conciliación, ya sea armónica o tensa, de entidades opuestas (cfr. cielo/infierno, alto/bajo, amor/odio, etc.). En este ensayo se intenta decir cuánto es operable dicha lógica en “María Magdalena” del escritor colombiano José María Vargas Vila y “La muerte y la muerte de Quincas Berro Dagua” del escritor brasileño Jorge Amado.

Palabras claves:

Mijail Bajtin, carnavalización literaria, “María Magdalena” de José María Vargas Vila, “La muerte y la muerte de Quincas Berro Dagua” de Jorge Amado.



1. La lógica carnavalesca

La lógica carnavalesca se caracteriza por la conjunción de contrarios, esto es, por la búsqueda de conciliación, ya sea armónica o tensa, de entidades opuestas (cfr. cielo/infierno, alto/bajo, amor/odio, etc.). Intentaré, en un principio, dar cuenta de cuánto es operable dicha lógica en “María Magdalena” del escritor colombiano José María Vargas Vila y en cuáles aspectos lo es. Son varios los contrarios que se enfrentan en la obra: para empezar, mencionemos a Jesús y a Judas (en el sentido más amplio, se trata de la tradicional lucha entre el bien y el mal). Pero esa disputa no es sino la primera de una larga serie de abiertas contradicciones: en el texto, se enfrentan también el hebreo comprometido y el hebreo romanizante, la gloria de Dios y la gloria de la bestialidad, el pobre y el rico, el poderoso y el desarrapado, la justicia de Dios y la justicia de los hombres, el creyente y el que no tiene fe, la imagen clásica de Jesús y un Jesús inusual –colérico, sensual, turbado por la presencia de María Magdalena, epileptoide, débil, megalómano, envejecido, tuberculoso y celoso-, lo sagrado y lo profano, la Bandera de la Verdad y el Pendón de la Mentira, lo divino y lo humano, el amor puro y el amor carnal, la castidad y la lascivia, la mujer virginal y la mujer fatal, el amor de la Madre y el amor de la Hembra, el Evangelio según los discípulos y esa especie de Neoevangelio no canónico -es decir, supuesto, fingido, falso, apócrifo¹-.

Algunos críticos se han atrevido a afirmar que la novela es una suerte de “evangelio de un ateo”. Quien eso señala -Jorge Luis Castillo en “El Evangelio según Vargas Vila”- sustenta su punto de vista así:

“...la novela *María Magdalena* (1911) del colombiano José María Vargas Vila (1860-1933) no sólo es una muestra ejemplar de la típicamente subversiva interacción entre lo sacro y lo profano trasoñada por la literatura finisecular sino el singular producto de la conflictiva relación entre los dos rostros complementarios y antagónicos de la modernidad: el histórico y el estético. En *María Magdalena*, Vargas Vila condesciende a utilizar la controvertida figura de Cristo en calidad de profeta, pero la transporta de la esfera de lo sacro a un ámbito secular asignándole la misión de propagar un ideario anarquista; y, no contento con esto, los inserta a ambos (al profeta y su doctrina) dentro de los confines de un escandaloso triángulo erótico, desmitificador, blasfemo y eminentemente mercadeable. Al fraguar una triple alianza entre los discursos religioso, político y erótico, Vargas Vila consigue adular o subvertir buena parte de las categorías conceptuales operantes en la literatura de fin de siglo: lo sacro y lo profano, lo bello y lo bueno, el arte minoritario y la cultura de masas, el arte puro y el arte didáctico. Gracias a su hibridez ideológica, *María Magdalena* constituye un texto múltiplemente subversivo cuya paradoja suma consiste en convertirse en una insólita instancia: el evangelio de un ateo”.

Estamos, pues, ante una novela que se apoya en las licencias que permite la carnavalización, entendiendo esto como la fiesta de un tiempo destructor y regenerador, fiesta –según Bajtin³- de lo que nace y muere, de lo que se renueva en un instante. El carnaval es liberación, rito, fiesta, sincretismo, espectáculo en donde se fusionan diversas prácticas pertenecientes a distintas culturas. Según dicho autor, durante el carnaval, el sistema deja de operar para que aparezca su trasgresión. Invertido el orden jerárquico que regula las relaciones tradicionales, quedan abolidas las distancias: el contacto es libre, familiar, un nuevo modelo de relaciones se instaura entre los sujetos sociales. Así, lo de arriba, cae y lo de abajo, sube.

La válvula de escape que es el carnaval sirve para que el sacrílego crucifique lo que es sagrado y para que la parodia ridiculice todo asomo de seriedad, pompa y circunstancia. En la literatura, las categorías carnalescas han contribuido a la abolición de la distancia épica y trágica y a la transferencia de lo representado en la zona del contacto libre. La literatura, de hecho, ha acogido las transformaciones ambivalentes: nacer y morir, orar y blasfemar, consagrar y profanar; así mismo, ha introducido en sus páginas la ley de los contrastes (lo mínimo y lo máximo), la ley de las semejanzas (las almas gemelas) y la ley de las cosas puestas al revés (el vestido volteado, el pantalón en la cabeza, el uso del utensilio de cocina como arma, etc.).



Vargas Vila, al meterse con personajes y situaciones de la Historia Sagrada, ha resuelto desacralizar –por ejemplo- al infalible Hijo de Dios para poder así mostrarlo como un ser humano que duda de sí mismo, del valor de su prédica, de su destino y del destino de toda la humanidad. Esa lógica vargasviliana de cuestionar verdades dadas por incuestionables, cosecha sus frutos esperados: los personajes actúan de manera extraña (para quien siempre los ha visto como figuras de cartón piedra en la Biblia) y las peripecias de los héroes difieren de las del relato convencional (Jesús, Judas y María Magdalena hablan con algunas palabras prestadas del texto original pero se aventuran a desligarse del guión preestablecido para inaugurar un nuevo sendero), etc. En ese sentido, la cuarta categoría propuesta por Bajtin –la profanación- hace aquí su fiesta: el lector se topa con sacrilegios de toda laya, “todo un sistema de envilecimiento y de burlas carnalescas, las inconveniencias relativas a las fuerzas genésicas de la tierra y del cuerpo, las parodias de los textos y las palabras sagradas”.

2. Inversión y carnavalización

La inversión es una categoría relevante en la carnavalización literaria. En el caso de “María Magdalena” se dan varios tipos de inversiones. Bajtin define la inversión como ese estado que da vuelta al orden jerárquico “y todas las formas de miedo que éste entraña: veneración, piedad, etiqueta, es decir, todo lo que está dictado por la desigualdad social o cualquier otra”. Parece difícil que personas, usualmente separados por barreras infranqueables, puedan a la luz del Carnaval, abordarse con toda naturalidad. Los encuentros en la novela son gratuitos: por ejemplo, Judas aparece en casa de María Magdalena como por arte de magia, sin anunciarse; Jesús –a su vez- encabeza una muchedumbre que se detiene coincidentalmente ante la ventana de María Magdalena (!), etc.

La vida al revés, el mundo a la inversa, contempla que durante el carnaval –según Bajtin- sea válido lo que se restringe normalmente, sea lícito lo que está cotidianamente prohibido, así, no es de extrañar que la prostituta más famosa de todas se convierta en el acto en la mujer más piadosa (inversión religiosa); que sus joyas –antes sinónimo de lujo, poder y esplendor, se tornen, tras su conversión, en instrumento útil para aliviar la miseria de las masas creyentes, para desarmar la hostilidad de sus enemigos y para vencer la hostilidad de los apóstoles; que Judas –después de renegar abiertamente de Jesús y su discurso- se cuente entre uno de sus más fieles seguidores (inversión en su conciencia social, pues pasa de hebreo romanizante a hebreo comprometido con la causa de su pueblo y enemigo de Roma; esto vale como inversión momentánea, si bien ese salto tiene la explicación de estar cerca de su amada María Magdalena); que los más pobres, sucios, malolientes y desarrapados sean precisamente los escogidos para heredar el fabuloso Reino de los Cielos; que el mismo Jesús, puro y divino, ceda ante el menor contacto con la tentación; que Jesús se arriesgue a decir que sus piadosos sucesores corromperán su legado (la Abominación y la Iniquidad vencerán, después de todo), etc.



3. Entronizaciones y desentronizaciones carnalescas

Me centraré ahora en aquellos personajes que sufren, en el texto de Vargas Vila, distintos procesos de entronización y desentronización. Cabe preguntarse: ¿qué función en particular desempeñan los procesos de entronización y desentronización en esta novela? Y más allá todavía: ¿en qué difieren en su índole los procesos de entronización y desentronización en esta novela de Vargas Vila, de las que se llevan a cabo en “La muerte y la muerte de Quincas Berro Dagua” del escritor brasileño Jorge Amado?

En la base del acto ritual de la entronización-desentronización se encuentra la quintaesencia, el núcleo profundo de la percepción del mundo carnalesco: el pathos de la decadencia y el reemplazo, de la muerte y el renacimiento. El carnaval –lo dice Bajtin– es la fiesta del tiempo destructor y regenerador. En ese orden de ideas, la entronización es un rito ambivalente, “dos en uno que expresa el carácter inevitable y al mismo tiempo la fecundidad del cambio-renovación, la relatividad feliz de toda estructura social, de todo orden, de todo poder y de toda situación”. Se entroniza así no a un rey verdadero sino a un esclavo o bufón: Jesús, quien se proclama Rey de los Judíos, no ha nacido en cuna de oro, no ha heredado su poder de sus padres; de hecho, su condición es presentado como un loco inofensivo, como un profeta enloquecido que reniega de la propiedad privada, etc. Ese hecho, esa entronización, esclarece –en palabras de Bajtin– el mundo al revés carnalesco, nos ofrece “su clave”.

Como la entronización contiene su revés, al desentronización, cabe esperar que el desarrapado iluminado que encabeza una empresa mesiánica sea derrotado. El nacimiento de una fe que va a revolucionar a la humanidad, la fe verdadera del Hijo del Dios, está preñada de muerte y ésta, la muerte, anuncia el renacimiento, la resurrección. El ceremonial de la desentronización repite antitéticamente el de la entronización: “se despoja de sus vestiduras al rey, se le quita su corona, sus otras insignias de poder, se hace mofa de él, se lo golpea”. Tanto Jesús, autoproclamado Rey de los Judíos, como María Magdalena sufren esa desentronización: ambos son cuestionados, humillados, abandonados por los que los protegieron: “¿dónde está tu pueblo, Rey de los Judíos?”, le pregunta Judas a Jesús; el rey destronado ya nada puede hacer; por su parte, María Magdalena cambia sus costosas prendas por harapos, su pasado dorado es apenas un recuerdo sin valor.





En cuanto a la significación o función en particular desempeñan los procesos de entronización y desentronización en la novela de Vargas Vila, digamos que ellos cumplen el papel de asegurar la imagen más viva de los cambios-renovación, de la muerte creadora y fecunda: sólo así se entiende que el sacrificio de Jesús no ha sido en vano, y que el arrepentimiento de Judas es genuino (pues lo firma con su propia muerte). Ambas muertes son portadoras de promesas pues significan renovación, avance y consolidación de una fe, y redención última (si se acepta la culpa, se perdona la ofensa, etc.). Si las imágenes carnalescas son siempre dobles – en la medida en que reúnen los dos polos del cambio y de la crisis, el nacimiento y la muerte, la bendición y la maldición, la sabiduría y la tontería, etc. se explica cómo Jesús y Judas vivan y sufran esas dicotomías. Hilando más delgado, podríamos decir que se trata de figuras semejantes, dobles o gemelos: ambos sellan su destino al cruzarse en la vida del otro, ambos creen tener la razón, ambos se empeñan tercamente en defender a la misma mujer, ambos se saben poseedores de una verdad única.

En cuanto a las diferencias en los procesos de entronización y desentronización de la novela de Vargas Vila, de los que se llevan a cabo en “La muerte y la muerte de Quincas Berro Dagua” de Jorge Amado, anotemos que la entronización y desentronización en Vargas Vila gira alrededor de lo sagrado mientras que en Amado dichos procesos operan sobre lo mundano (aparentemente la trasgresión de Vargas Vila es mayor o por lo menos afecta un campo considerado como intocable), y que Vargas Vila rescribe el texto de la Biblia fundacional mientras que Amado desafía normas y convenciones sociales más próximas a nosotros, en tiempo y espacio.

Por otro lado, hay coincidencias: Jesús de Nazareth siendo pobre y menesteroso es coronado Rey de los Judíos, Quincas Berros Dagua (bautizado como Joaquim Soares da Cunha) es coronado como Rey de los Vagabundos de Bahía, Esponja Mayor de Salvador, Bebedor Empedernido, Filósofo Andrajoso de la Rampa del Mercado, Senador de los Bailongos, etc. Para sintetizar esas diferencias, se argumentará que Vargas Vila se sitúa en el terreno religioso y místico para contar la historia de un redentor que profesa la verdad y el amor y que a través de ellos, redime a una prostituta, mientras que Amado se sitúa en un terreno mágico, real-maravilloso: Jesús es un profeta preocupado por el devenir (muere para que la humanidad entera pueda sobrevivir); Quincas es un correcto funcionario que tras su jubilación se preocupa únicamente por beber y jugar (muere no una sino ¡tres veces!, moral y físicamente).

4. Carnavalización y parodia sacra

Estrechamente relacionado con los procesos de entronización y desentronización, se encuentra en “María Magdalena” de Vargas Vila, un evidente énfasis en la parodia sacra. Toda parodia busca imitar, remedar, es decir, hacer imitación burlesca de una obra o un estilo. Vargas Vila se especializó en eso y sufrió el embate de sus “víctimas⁷”. Aun así -o precisamente envalentonado por esos ataques- optó por hacer un arte del panfleto.

En qué medida, se pregunta Mircea Eliade, “lo profano puede convertirse, de por sí, en sagrado; en qué medida una existencia radicalmente secularizada, sin Dios ni dioses, es susceptible de constituir el punto de partida de un nuevo tipo de religión⁸”. Anota Eliade:

“Están, ante todo, las consecuencias virtuales de lo que se podrían llamar las teologías contemporáneas de la muerte de Dios, que, después de haber demostrado hasta la saciedad la inanidad de todos los conceptos, los símbolos y los ritos de las Iglesias cristianas, parecen esperar que una toma de conciencia del carácter radicalmente profano del Mundo y de la existencia humana sea, con todo, capaz de fundar, gracias a una misteriosa y paradójica coincidentia oppositorum, un nuevo tipo de experiencia religiosa⁹”.

Lo que buscaría un autor como Vargas Vila es cuestionar, sembrar una sombra de duda sobre el carácter irrefutable del discurso religioso, en últimas, humanizar a las estatuas que hemos conocido y consumido como verdaderas. Al hacerlo, y por más que se esfuerce en mostrar a un Jesús preso del deseo carnal, lo que logra es retornarlo a su condición de escogido, iluminado, protegido de Dios. Y es que no se profana sino aquello que reviste un carácter comúnmente aceptado como sagrado: nadie profana una oblea hecha con harina, huevo y azúcar, batidos en agua, sino cree que esa hostia es una forma expedita de entrar en comunión con Dios.

Más aun: fue el clero el que canonizó de manera formal a Vargas Vila. Al decir de Malcolm Deas, “fue el disfavor del clero lo que le garantizó su fortuna¹⁰”. Según ese autor, las censuras de eclesiásticos más apasionados que lúcidos pusieron la primera piedra. Vargas Vila no era hombre de desaprovechar semejante ganga, y convirtió, por ejemplo, su expatriamiento en proscripción. El otro motivo fue el antiamericanismo; Vargas Vila “denunció” la operación Panamá y el materialismo de los norteamericanos. Los dos asuntos –afirma Deas- “parecen inagotables¹¹”.



5. Otras pautas socio-estructurales de la carnavalización literaria

En el carnaval, “la conducta, el gesto y la palabra del hombre se liberan de la dominación de las situaciones jerárquicas (capas sociales, grados, edades, fortunas) que los determinan completamente cuando se está fuera del carnaval, y resultan por ese hecho excéntricos, desplazados desde el punto de vista de la lógica de la vida habitual¹²”. Podríamos decir que la muchedumbre que acompaña a Jesús funge como una gran comparsa de carnaval, las capas sociales, los grados, las edades y las fortunas se han mezclado para crear una heterogénea muchedumbre de creyentes. Esa “excentricidad”, que es una categoría especial de la percepción del mundo carnalesco, íntimamente ligada a la del contacto familiar, permite abrirse (y expresarse en una forma concreta) a todo cuanto está normalmente reprimido en el hombre. Se inaugura así un modo nuevo de las relaciones humanas “opuesto a las relaciones socio-jerárquicas, todopoderosas de la vida corriente¹³”: los heterogéneos se homogenizan, todos se identifican alrededor de la figura de Jesús (por eso cuando éste se niega a rechazar y condenar a María Magdalena, las diferencias –momentáneamente anuladas y suspendidas- vuelven a aflorar y cada uno tira para su lado, abandonando al supuesto Mesías).

Por su parte, “la desavenencia”, entendida como la tercera categoría bajtiniana (las relaciones familiares libres se comunican a todo: a los pensamientos, al sistema de valores, a los fenómenos, a los objetos; todo lo que la jerarquización cerraba, separaba, dispersaba, entra en contacto y forma alianzas carnalescas, aproximando y amalgamando lo sagrado y lo profano¹⁴) aparece en el discurso aparentemente confuso por lo contradictorio de Jesús cuando conoce a la mujer y se niega a rechazarla y condenarla: el profeta predica contra el Escándalo pero acoge a la vagabunda escandalosa; dice que pecadora es aquella que no da amor y no se da al amor (aun el físico y el comprado). Ese relajamiento explica que no se condene a quien, en teoría, lo merece y que, por ejemplo, Jesús se sienta, indistintamente atraído y confundido por María Magdalena, la misma que le enseñará el amor vivo, carnal y que lo llevará a la cruz, a la muerte.



¹ Mijaíl Bajtín dice al respecto: (La literatura cristiana) "...estuvo también sometida a la carnavalización independientemente de la menipea. Basta recordar la escena de in-desentronización del Rey de los Judíos de los Evangelios canónicos. Pero la carnavalización es todavía más evidente en los apócrifos". En: "Carnaval y Literatura", revista Eco, número 129, enero de 1971, páginas 311 a 388.

² Castillo, Jorge Luis. "The Gospel according to Vargas Vila: religious and erotic discourses within *María Magdalena*". Búsqueda por internet.

³ Op. cit.

⁴ Op. cit.

⁵ Op. cit.

⁶ Op. cit.

⁷ Según Carlos Vidales, fue en Europa en donde "...la *Leyenda Negra de Vargas Vila*... había comenzado a crecer como una hidra. En París, en Bogotá, en Caracas, en Nueva York, se decía que el panfletario era inmensamente rico. Que vivía como un príncipe. Que odiaba a las mujeres, a los curas y a las monjas. Que su misantropía y su odio a la iglesia nacían del hecho de ser hijo de un cura párroco y una monja depravada. Que era anarquista y que ayudaba con su dinero a los seguidores de Malatesta, financiando asesinatos y bombazos contra duques y marqueses. Que era homosexual. Que presidía sesiones de satanismo con sus amigos y cómplices. Que era impotente y que esta era la razón de su odio a todo lo viviente. Que era hermafrodita. La sola enumeración de las perversiones y sicopatologías que se adjudicaron a Vargas Vila podría servir para hacer el catálogo de las perversiones y sicopatologías de sus calumniadores: la beatería tradicionalista de su país, los viejos círculos clericales hinchados de privilegios, cargados de rencores y de odios, incapaces de sentir amor cristiano, inválidos para la reconciliación y la bondad. Los intelectuales al servicio de estas alimañas no mencionaban siquiera el nombre de Vargas Vila. Hablaban del "expatriado", el "satánico", el "bastardo", el "lenguaraz despreciable", el "desnaturalizado", "el blasfemo", "el luciferino mendaz", el "enemigo de la paz, el orden y la autoridad", "el decadente pernicioso", el "disolvente", el "degenerado". Nunca hicieron una crítica literaria de sus obras, un análisis de sus ideas, un cuestionamiento razonado de su pensamiento, su estilo o su lenguaje. No tuvieron valor, ni grandeza moral ni capacidad intelectual suficientes para ello. Fueron, en toda



la línea, inferiores y pigmeos. Lo único que pudieron oponer a Vargas Vila fue un sartal de calumnias infames. Por supuesto, el panfletario no era de ninguna manera perfecto. Sus opiniones eran tajantes, categóricas, no dejaban lugar a la discrepancia. Carecía de modestia intelectual, era arrogante y vanidoso. Estaba convencido de que su genio era incomparable. Se elogiaba con frecuencia a sí mismo de una manera irritante. Su egolatría era monumental. Esto daba material abundante a sus enemigos. Pero la causa fundamental de la inquina contra Vargas Vila fue su irreductible anticlericalismo, su apasionada defensa del libre pensamiento. En la oración fúnebre para su amigo el poeta Diógenes Arrieta (1897), en París, pronunció esta frase sobre Colombia, que jamás se le ha perdonado: -- *¡Duerme en paz, amigo, lejos del imperio monacal que nos deshonra!* Vargas Vila empleó siempre toda su potencia de fuego, su feroz estilo virulento y mordaz, contra los desmedidos privilegios del clero y de la Iglesia, contra el dogmatismo y la intolerancia. Usaba frases y metáforas que abrían heridas incurables y luego ponía en esas heridas la sal o el ácido quemante de renovadas imprecaciones. Fue un virtuoso del vituperio y de la diatriba, puestos al servicio del pensamiento laico. Su estilo era profético: usaba palabras grandilocuentes, verbos y adjetivos tremendistas. Presentaba los conceptos abstractos como entes mitológicos, con nombres en mayúsculas: la Ambición, el Odio, la Hipocresía, la Grandeza. Sus sentencias eran lapidarias. Sus conclusiones, proverbiales. Usaba la paradoja como una maza para aplastar a sus adversarios. Su fraseo era entrecortado, con hiatos arbitrarios que evocaban el estilo desmelenado de don Simón Rodríguez; pero a diferencia de éste, nunca era campechano ni familiar. Se ha dicho a veces que era demasiado efectista, artificioso, con un cierto gusto decadente por las decoraciones recargadas, a lo D'Annunzio; pero ninguno de sus adversarios salió ileso ni sonriente después de una descarga de tales florilegios. Sería tonto sostener que toda la obra de Vargas Vila merece admiración. En sus escritos hay mucha hojarasca, muchas extravagancias de poco mérito, muchas frases ruidosas y estridentes sin mayor sustancia. Pero en aquellas líneas donde su talento fulgura, logra formular ideas propias y conceptos admirables. Es entonces cuando enseña, impresiona y apasiona". Búsqueda por Internet.

⁸ Eliade, Mircea. En "Lo sagrado y lo profano", Editorial Labor, S.A., Bogotá, 1994, página 14.

⁹ Op. cit.

¹⁰ Deas, Malcolm. En: "Del poder y la gramática. Y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombiana". Tercer Mundo Editores. Bogotá, 1993.

¹¹ Op. cit.

¹² Ver el texto de Bajtin al respecto.

¹³ Op. cit.

¹⁴ Op. cit.

Referencias

Bajtin, Mijail (1971). Carnaval y Literatura. Revista Eco, número 129.

Castillo, Jorge Luis. The Gospel according to Vargas Vila: religious and erotic discourses within *María Magdalena*. Búsqueda por internet.

Eliade, Mircea (1994). Lo sagrado y lo profano, Editorial Labor, S.A., Bogotá.

Deas, Malcolm (1993). Del poder y la gramática. Y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombiana".

Tercer Mundo Editores. Bogotá.